

me ha dejado guardar el término que debía.—No se ha perdido nada, respondió Sancho: vamos, y dejaremos á vuestras mercedes en casa de su padre; quizá no los habrá echado menos; y de aquí adelante no se muestren tan niños ni tan deseosos de ver mundo: que la doncella honrada, la pierna quebrada, y en casa; y la mujer y la gallina, por andar se pierden aina; y la que es deseosa de ver, también tiene deseo de ser vista: no digo más.” El mancebo agradeció al gobernador la merced que quería hacerles, de volverlos á su casa, y así, se encaminaron hácia ella, que no estaba muy lejos de allí. Llegaron, pues, y tirando el hermano una china á una reja, al momento bajó una criada, que los estaba esperando, y les abrió la puerta, y ellos se entraron, dejando á todos admirados, así de su gentileza y hermosura, como del deseo que tenían de ver mundo de noche y sin salir del lugar; pero todo lo atribuyeron á su poca edad. Quedó el maestra sala traspasado su corazón, y propuso de luego otro día pedirselo por mujer á su padre, teniendo por cierto que no se la negaría, por ser él criado del duque; y aun á Sancho le vinieron deseos y barruntos de casar al mozo con Sanchica su hija, y determinó de ponerlo en plática á su tiempo, dándose á entender que, á una hija de un gobernador, ningún marido se le podía negar. Con esto se acabó la ronda de aquella noche, y de allí á dos días el gobierno, con que se destroncaron y borraron todos sus designios, como se verá adelante.

## CAPÍTULO L.

Donde se declara quién fueron los encantadores y verdugos que azotaron á la dueña y pellizcaron y arañaron á Don Quijote, con el suceso que tuvo el paje que llevó la carta á Teresa Panza, mujer de Sancho Panza.

DICE Cide Hamete, puntualísimo escudriñador de los átomos desta verdadera historia, que, al tiempo que Doña Rodríguez salió de su aposento para ir á la estancia de Don Quijote, otra dueña que con ella dormía lo sintió, y que, como todas las dueñas son amigas de saber, entender y oler, se fué tras ella, con tanto silencio, que la buena Rodríguez no lo echó de ver; y así como la dueña la vió entrar en la estancia de Don Quijote, por que no faltase en ella la general costumbre que todas las dueñas tienen, de ser chismosas, al momento lo fué á poner en pico á su señora la duquesa, de cómo Doña Rodríguez quedaba en el aposento de Don Quijote. La duquesa se lo dijo al duque, y le pidió licencia para que ella y Altisidora viniesen á ver lo que aquella dueña quería con Don Quijote. El duque se la dió, y las dos, con gran tiento y sosiego, paso ante paso, llegaron á ponerse junto á la puerta del aposento, y tan cerca, que oían todo lo que dentro hablaban; y cuando oyó la duquesa que la Rodríguez había echado en la calle el Aranjuez de sus fuentes, no lo pudo sufrir, ni menos Altisidora; y así, llenas de cólera y deseosas de venganza, entraron de golpe en el aposento, y acrebillaron á Don Quijote, y vapularon á la dueña, del modo que queda contado; porque, las afrentas que van derechas contra la hermosura y presuncion de las mujeres, despiertan en ellas en gran manera la ira, y encienden el deseo de vengarse. Contó la duquesa al duque lo que había pasado, de lo que se holgó mucho, y la duquesa, prosiguiendo con su intencion de burlarse y recibir pasatiempo con Don Quijote, despachó al paje